

**Ciudad del Vaticano**  
**4 de mayo de 2020**  
**Por el centenario del nacimiento**  
**del Santo Papa Juan Pablo II**

**(18 de mayo de 2020)**

El 18 de mayo se celebrará el centenario del nacimiento del Papa Juan Pablo II en la pequeña ciudad polaca de Wadowice.

Polonia, dividida y ocupada por los tres imperios vecinos - Prusia, Rusia y Austria - durante más de un siglo, recuperó la independencia después de la Primera Guerra Mundial. Fue un evento que despertó una gran esperanza, pero también requirió un gran esfuerzo, ya que el estado en recuperación sentía constantemente la presión de ambas potencias - Alemania y Rusia. En esta situación de opresión, pero sobre todo de esperanza, creció el joven Karol Wojtyła, quien lamentablemente pronto perdió a su madre, a su hermano y finalmente a su padre, a quien debía su profunda y ferviente devoción. La particular atracción del joven Karol por la literatura y el teatro le llevó a estudiar estas materias después de graduarse.

"Para evitar ser deportado a Alemania para realizar trabajos forzados, en el otoño de 1940 comenzó a trabajar como trabajador físico en la cantera asociada a la fábrica química Solvay" (Cf. Juan Pablo II, Regalo y Misterio). "En el otoño de 1942, tomó la decisión final de entrar en el Seminario de Cracovia, organizado en secreto por el Arzobispo de Cracovia Sapieha en su residencia. Ya como obrero comenzó a estudiar teología en viejos libros de texto, para ser ordenado sacerdote en 1º noviembre de 1946" (Cf. Ibid.). Sin embargo, aprendió teología no sólo de los libros, sino también extrayendo lecciones útiles del contexto específico en el que se encontraban él y su país. Este sería un rasgo distintivo que marcaría toda su vida y actividad. Aprendió de los libros, pero también vivió de los temas actuales que lo atormentaban. Así, para él como joven obispo - desde 1958 obispo auxiliar y desde 1964 arzobispo de Cracovia - el Concilio Vaticano II fue la escuela de toda su vida y trabajo. Las cuestiones importantes que surgieron, especialmente las relacionadas con el llamado Esquema XIII - la subsiguiente Constitución Gaudium et Spes - fueron sus preguntas personales. Las respuestas elaboradas en el Concilio mostraron la dirección que daría a su trabajo primero como obispo y luego como Papa.

Cuando el 16 de octubre de 1978 el cardenal Wojtyła fue elegido Sucesor de Pedro, la Iglesia se encontraba en una situación dramática. Las deliberaciones del Concilio se presentaron en público como una disputa sobre la propia fe, que parecía tan carente de su carácter de certeza infalible e inviolable. Por ejemplo, un párroco bávaro describió esta situación con las siguientes palabras: "Al final hemos caído en una fe equivocada". Este sentimiento de que ya nada era seguro, de que todo podía ser cuestionado, se alimentó aún más por la forma en que se llevó a cabo la

reforma litúrgica. Al final parecía que incluso en la liturgia todo podía ser creado por sí mismo. Pablo VI dirigió el Concilio con vigor y decisión hasta su conclusión, después de lo cual se enfrentó a problemas cada vez más difíciles, que al final desafiaron a la propia Iglesia. Los sociólogos de la época compararon la situación de la Iglesia con la de la Unión Soviética bajo Gorbachov, donde en la búsqueda de las reformas necesarias toda la poderosa imagen del Estado Soviético acabó derrumbándose.

Así, ante el nuevo Papa, de hecho, se presentó una tarea muy difícil para enfrentarse sólo a las capacidades humanas. Al principio, sin embargo, Juan Pablo II reveló la capacidad de despertar una renovada admiración por Cristo y su Iglesia. Al principio fueron las palabras pronunciadas al principio de su pontificado, su grito: "¡No tengáis miedo! ¡Abre, de verdad, abre de par en par las puertas a Cristo!" Este tono caracterizó todo su pontificado haciéndole renovador y liberador de la Iglesia. Esto porque el nuevo Papa venía de un país donde el Concilio había sido acogido de manera positiva. El factor decisivo fue no dudar de todo, sino renovar todo con alegría.

En los 104 grandes viajes pastorales que llevó el Papa por todo el mundo, predicó el Evangelio como una alegre noticia, explicando así también el deber de recibir el bien y a Cristo.

En 14 encíclicas presentó la fe de la Iglesia y su enseñanza humana de una manera nueva. Inevitablemente, por lo tanto, despertó la oposición en las Iglesias occidentales llenas de dudas.

Hoy me parece importante indicar el centro correcto desde el cual leer el mensaje contenido en los diversos textos, que llegaron a la atención de todos nosotros en la hora de su muerte. El Papa Juan Pablo II murió en la madrugada de la Fiesta de la Divina Misericordia instituida por él mismo. Inicialmente me gustaría añadir aquí una pequeña nota personal que nos muestra algo importante para entender la esencia y la conducta de este Papa. Desde el principio, Juan Pablo II quedó muy impresionado por el mensaje de la monja de Cracovia, Faustina Kowalska, que había presentado la misericordia de Dios como el centro esencial de toda la fe cristiana y había querido establecer la fiesta de la Divina Misericordia. Después de las consultas, el Papa lo previó para el domingo en albis. Sin embargo, antes de tomar una decisión final, pidió la opinión de la Congregación para la Doctrina de la Fe para evaluar la conveniencia de tal elección. Dimos una respuesta negativa, considerando que una fecha tan importante, antigua y significativa como el domingo en Albis no debe ser cargada con nuevas ideas. Para el Santo Padre, aceptar nuestro "no" no fue fácil. Pero lo hizo con toda humildad y aceptó nuestro segundo "no". Finalmente, formuló una propuesta que, dejando el domingo in albis su significado histórico, le permitió introducir la Misericordia de Dios en su significado original. A menudo ha habido casos en los que me ha impresionado la humildad de este gran Papa, que renunció a sus ideas favoritas cuando no había

consentimiento de los organismos oficiales, lo cual - según el orden clásico de las cosas - tuvieron que preguntar.

Cuando Juan Pablo II exhaló su último aliento en este mundo, fue ya después de las primeras Vísperas de la Fiesta de la Divina Misericordia. Esto iluminó la hora de su muerte: la luz de la misericordia de Dios brilló en su muerte como un mensaje de consuelo. En su último libro, *Memorias e identidad*, que apareció casi en la víspera de su muerte, el Papa una vez más presentó brevemente el mensaje de la misericordia divina. En ella señalaba que la hermana Faustina murió antes de los horrores de la Segunda Guerra Mundial, pero ya había difundido la respuesta del Señor a estos horrores. "¡El mal no trae la victoria final! El misterio pascual confirma que el bien es finalmente victorioso; que la vida vence a la muerte y el amor triunfa sobre el odio.

Toda la vida del Papa se centró en este propósito de aceptar subjetivamente como suyo el centro objetivo de la fe cristiana - la enseñanza de la salvación - y permitir que otros lo acepten. Gracias a Cristo resucitado, la misericordia de Dios es para todos. Aunque este centro de la existencia cristiana se nos da sólo en la fe, también tiene un significado filosófico, porque - ya que la misericordia divina no es, de hecho, un dato - también debemos aceptar un mundo en el que el contrapeso final entre el bien y el mal no es reconocible. En última instancia, más allá de este significado histórico objetivo, todo el mundo debe saber que la misericordia de Dios eventualmente probará ser más fuerte que nuestra debilidad. Aquí debemos encontrar la unidad interna del mensaje de Juan Pablo II y la intención fundamental del Papa Francisco: Al contrario de lo que se dice a veces, Juan Pablo II no es un rigorista moral. Demostrando la importancia esencial de la misericordia divina, nos da la oportunidad de aceptar las exigencias morales que se le imponen al hombre, aunque nunca podamos satisfacerlas plenamente. Nuestros esfuerzos morales se emprenden a la luz de la misericordia de Dios, que resulta ser una fuerza que cura nuestra debilidad.

Durante el paso de Juan Pablo II, la Plaza de San Pedro estaba llena de gente, especialmente jóvenes, que querían conocer a su Papa por última vez. Nunca olvidaré el momento en que el arzobispo Sandri anunció la desaparición del Papa. Sobre todo, nunca olvidaré el momento en que la gran campana de San Pedro reveló esta noticia. El día del funeral del Santo Padre se podían ver muchas pancartas con las palabras "Santo inmediatamente". Fue un grito que, por todos lados, surgió del encuentro con Juan Pablo II. Y no sólo en la Plaza de San Pedro, sino en varios círculos de intelectuales se había discutido la posibilidad de otorgar a Juan Pablo II el apodo de "El Grande".

La palabra "sagrada" indica la esfera divina, y la palabra "magna" indica la dimensión humana. Según los principios de la Iglesia, la santidad se evalúa en base a dos criterios: las virtudes heroicas y el milagro. Estos dos criterios están estrechamente vinculados. El concepto de "virtudes heroicas" no significa un éxito olímpico, sino el hecho de que lo que es visible en el interior y a través de una persona no tiene una fuente en el hombre mismo, sino que es lo que revela la

acción de Dios en el interior y a través de él. No es una cuestión de competencia moral, sino de renunciar a la propia grandeza. Se trata de un hombre que permite a Dios actuar dentro de sí mismo y así hacer visible la acción y el poder de Dios a través de sí mismo.

Lo mismo se aplica al criterio del milagro. Aquí también, no se trata de algo sensacional, sino del hecho de que la bondad curativa de Dios se hace visible de una manera que excede la capacidad humana. Un santo es una persona abierta a Dios, impregnada por Dios. Un santo es alguien que no centra la atención en sí mismo, sino que nos hace ver y reconocer a Dios. El propósito de los procesos de beatificación y canonización es precisamente examinarlo según las normas de la ley. En lo que respecta a Juan Pablo II, ambos procesos se llevaron a cabo estrictamente de acuerdo con normas vinculantes. Así que ahora se presenta ante nosotros como un padre que nos muestra la misericordia y la bondad de Dios. Es más difícil definir correctamente el término "magno". Durante los casi dos mil años de historia del papado, el nombre "Magno" fue adoptado sólo en referencia a dos papas: León I (440-461) y Gregorio I (590-604). La palabra "magno" tiene una impronta política en ambos, pero en el sentido de que, a través de los éxitos políticos, se revela algo del misterio de Dios mismo. León el Grande, en una conversación con el jefe de los hunos Atila, lo convenció de que no quería que Roma, la ciudad de los apóstoles Pedro y Pablo, se viera afectada. Sin armas, sin poder militar o político, logró persuadir al terrible tirano para que perdonara a Roma gracias a su convicción de fe. En la lucha del espíritu contra el poder, el espíritu demostró ser más fuerte.

Gregorio I no tuvo un éxito tan espectacular, pero sin embargo logró salvar a Roma de los lombardos en varias ocasiones, él también, al enfrentar al espíritu contra el poder, trajo de vuelta la victoria del espíritu.

Cuando comparamos la historia de ambos con la de Juan Pablo II, la similitud es innegable. Incluso Juan Pablo II no tenía ni fuerza militar ni poder político. En febrero de 1945, al discutir la futura forma de Europa y Alemania, alguien señaló que la opinión del Papa también debía ser tenida en cuenta. Stalin preguntó entonces: "¿Cuántas divisiones tiene el Papa?" Por supuesto que no tenía ninguno. Pero el poder de la fe demostró ser una fuerza que, a finales de 1989, trastornó el sistema de poder soviético y permitió un nuevo comienzo. No hay duda de que la fe del Papa fue un elemento importante para romper este poder. Y aquí también podemos ver la grandeza que se manifestó en el caso de León I y Gregorio I. La cuestión de si en este caso se aceptará o no el epíteto "magno" debe dejarse abierta. Es cierto que en Juan Pablo II el poder y la bondad de Dios se hizo visible para todos nosotros. En un momento en que la Iglesia vuelve a sufrir el ataque del mal, es para nosotros un signo de esperanza y consuelo.

Querido San Juan Pablo II, ireza por nosotros!

**Benedicto XVI**